

## UNA HISTORIA COLOR DE TIERRA

*De Lince*

—Los días eran interminables en el monte, el sol pesado, la tensión asfixiante, pero la moral no podía decaer, no podían permitírselo. La noche fría los sorprendía sin haberse liberado de los sudores del día y solo él, con sus palabras, compensaba el calor que las mantas no les prestaban. Tendría por entonces unos veintisiete años, la tez suave, sin barba y la mirada decidida. Uno de esos casos de mente joven, pero cuerpo precipitadamente maduro, quizá por trabajar la tierra o puede que por luchar la guerra. El chico hablaba porque el resto necesitaba escucharle; recitaba versos de amor y de justicia, todo junto, porque a falta de la última solo podían aferrarse a lo primero. Por el día, bajo el sol andaluz ...

—Pero, papá, qué tontería, Sol solo hay uno —interrumpe Blanca con la contrariedad inocente de una niña de diez años.

—Tienes razón, hija —responde Manuel divertido por la audacia de su hija—, aunque con el tiempo descubrirás que el Sol puede radiar de forma distinta en lugares separados, donde la historia que ilumina también es otra.

Ante la mirada confundida de Blanca, Manuel decide continuar la historia.

—Por dónde iba... Ah, sí. Por el día, bajo el Sol, el joven viajaba por la retaguardia, visitaba la línea de fuego y se dirigía a los campesinos del enemigo. Les recitaba sus poemas utilizando un altavoz, les hablaba de la tierra, la que compartían y que les pertenecía pues eran sus manos las que la trabajaban. La solidaridad en la unión, hija, de eso se trataba. Resulta que un niño que creció arando la tierra y que, después, se dedicó a cavarla dentro del cuerpo de zapadores, supo sacar del cieno y la grama poesía. Poesía en mitad de la guerra.

—¿Y qué pasó con ese chico, papá? —pregunta Blanca, que escucha la historia absorta, a pesar de no ser capaz de entender todo lo que su padre le cuenta.

Manuel, sin ser capaz de encontrar las palabras ante los ojos sinceros de su hija, dirige su mirada hacia la noche que se extiende al otro lado de la ventana del cuarto y, finalmente, da con unas palabras que no son suyas.

—¿Qué pasó? La historia. Y de todas las historias de la Historia la más triste sin duda es la de España —responde Manuel y, cuando gira la cabeza hacia Blanca, la ve más confundida que nunca.

—Estos cuentos son muy complicados, papá, cuéntame otra vez cómo conociste a mamá.  
—responde Blanca mientras se frota un ojo aguantando el sueño.

Manuel sonrío al escuchar la petición de su hija, se tumba a los pies de la cama mirando el techo y comienza a contar la historia una vez más. Blanca escucha ya acostada y abrazada a la almohada.

—La primera vez que la vi yo asistía a mi primer concierto. Por entonces era un estudiante muy bueno, pero si me guardas el secreto, estaba un poco loco. Recuerdo perfectamente cómo vestía aquel día: mis pantalones de campana favoritos y la camisa con los primeros botones sin abotonar. ¡Qué vergüenza imaginarme con esas pintas ahora! Tú madre estaba preciosa, como siempre, con unos vaqueros de talle alto y una blusa blanca de mangas anchas. Creo que conservo una foto de aquel día, debe de estar en la cómoda del salón, ¿quieres verla?, ¿Blanca?

Al no escuchar respuesta, Manuel se endereza con cuidado sobre la cama y comprueba que, tal y como había imaginado, Blanca se ha quedado dormida. Antes de apagar la luz, Manuel le da un beso en la frente y se retira silenciosamente. Cuando llega a su habitación ve a Lucía también en pleno sueño, acostada en diagonal sobre la cama ocupando su lado, como hace a menudo inconscientemente. A Manuel no le molesta en absoluto. Con la certeza de los placeres de la rutina se tumba junto a ella y duerme abrazándola, para que no le tire de la cama. Y, mientras busca el sueño, su mente viaja completando la historia que no ha terminado de contar:

... La conocí en un concierto de Raimon, en Madrid, entre gritos de “¡Libertad!” y puños levantados. Ella terminaba sus estudios en Filosofía y Letras y yo era un joven estudiante de Arquitectura, efervescente, pero con las ideas poco claras. Nos cruzamos en la entrada a la sala e intercambiamos miradas un instante. Rápidamente cada uno se perdió entre la multitud y no fue hasta la salida que ella me abordó diciendo recordarle a un antiguo vecino. Nunca me confesó si aquello era cierto. La invité a tomar algo, aunque no me dejó pagar, y lo que más gastamos, después de todo, fueron palabras. Hablamos durante horas. A mí me encantaba contar anécdotas, viejas historias que a su vez me contó mi abuelo y ella escuchaba entregada. Por su parte, tenía una elocuencia envidiable, todavía la tiene. Me habló de su familia, de su vida y al final desembocó en la política. Era una mujer decidida, me contó que en unos meses marcharía a Barcelona para estudiar periodismo, que quería escribir sobre las tragedias de España ahora que parecía llegar el momento en que se podría respirar libertad. Yo me sorprendí, hasta entonces mi dedicación política y social había sido algo más bien espontáneo, recreativo

incluso, y ahora me encontraba de frente con una mujer que hablaba del deber. Poco a poco me convenció con sus palabras, pero al principio no pude evitar confrontarla:

—Por qué escribir sobre tinta seca, Lucía. ¿Qué es lo que buscas? No tiene sentido hablar cuando todo está dicho.

—¿Tú puedes distinguir el pensamiento de las palabras que lo expresan?

—Lucía...

—Respóndeme, Manuel.

—Supongo que no.

—Las palabras son todo lo que tenemos si queremos seguir pensando, una sociedad que no habla no piensa. Y, a veces, hay que ayudar a los jóvenes del mañana a encontrar las palabras, para que así puedan pensar en una época que no fue la suya y no olviden lo que somos —Lucía hizo una pausa, esperando que estuviese de acuerdo con lo que decía, y al no verme convencido continuó—. Puede que resulte más fácil para ti. Con tus edificios, una vez cimentados no hace falta tocar nada, creas algo atemporal. Pero la memoria, la memoria es distinta, hace falta removerla, escarbar y sí, escribir sobre tinta seca.

Viéndonos enredados en una conversación interminable, ella decidió acompañarme hasta mi casa, en el barrio de Ventas. Por el camino nos topamos con el solar de lo que fue la Cárcel de mujeres.

—Mira —dije señalando el terreno de tierra seca que tantas veces había cruzado—, esto es un ejemplo de la distancia entre una idea, la acción y la consecuencia. No podemos controlar todo, Lucía. Victoria Kent tuvo la idea, la voluntad de acabar con las galeras de mujeres y construir un espacio digno para la reinserción de las reclusas. Y, sin embargo, piensa en el uso que se le dio unos años más tarde.

—Parece mentira que no seas capaz de verlo, Manuel. El progreso no siempre corre como un río, de hecho, casi nunca lo hace; el progreso avanza a golpes habitualmente y a dentelladas a veces. Y lo que se hizo en el pasado nunca fue bastante, pero siempre fue necesario e importante.

—No sé, Lucía, todavía no entiendo qué papel puedo jugar yo en todo esto —respondí honestamente mientras caminaba dando patadas a un guijarro del solar.

—Nadie lo sabe y, a la vez, el de todos es el mismo, ¿no?

No fue hasta al cabo de cinco años, cuando nos conocimos por segunda vez —porque en realidad ambos habíamos cambiado mucho—, que descubrí lo que quiso decir con aquella frase. Nos encontramos en un pueblo de Aragón. Fue una casualidad sorprendente, ya que inevitablemente habíamos perdido el contacto como se pierden las cosas que no se pueden mantener cerca. Por mi parte, llegué a la zona con un proyecto para una serie de residencias de ancianos públicas.

—Será una especie de hotel para la tercera edad, un lugar en que la vejez no sea una etapa perdida. Espero contar con el apoyo del gobierno regional —le contaba a Lucía en la barra de la taberna en que nos encontramos.

Unos minutos antes, yo me tomaba una caña revisando los primeros planos, apenas un boceto de la idea, cuando la puerta a mi espalda se abrió y el dueño del bar respondió con un saludo cariñoso.

—¡Lucía!, ¡qué bueno verte! ¿Lo de siempre?

Debió de responder que sí, porque sin más palabras el hombre le sirvió una copa de vino tinto y un plato de queso de la región. Se sentó a mi lado, y pareció haberme reconocido desde el primer instante, porque me saludó inmediatamente con un abrazo y me preguntó cómo había llegado allí. Después de hablarle de mi proyecto me contó que había estado trabajando varios años como columnista en un periódico humilde de Barcelona y que, con lo ahorrado, decidió que era la hora de contar historias que de verdad tuviesen alguna trascendencia y profundidad. De esa forma, escogió los pueblos olvidados de Aragón, donde la historia se escondía bajo la grama y, la vida de dos generaciones, «los jóvenes de ayer y los de ahora», se perdía entre los ruidos de las ciudades que crecían alrededor.

—Al final ambos trabajamos por lo mismo, Manuel —dijo Lucía al salir de la taberna.

—¿Sí?, ¿y por qué es por lo que trabajamos? —respondí emprendiendo el camino de vuelta a casa que repetiríamos tantas veces.

—Por la dignidad.